

nantemente se lo prohibieron sus superiores. Pues bien,  
Hijas mías, lo que Santa Teresa no consiguió a pesar  
de sus ardientes deseos, quisiera alcanzarlo vosotros. Antes  
entonces a recibir de mis manos los votos de consorcio  
del Sagrado Corazón, y al aceptar la misión de cuidar  
de las niñas que os serán confiadas en las primeras  
regocijos al saber que con tantas penas y mayores res-  
ponsabilidades, vuestro galardón será igual, y el cielo con  
la sanación de la Virgen de Naxos. Un día la escucha  
del Señor, figura en mi según se publica.



# DISCURSO

PARA LA TOMA DE VELO DE UNA NOVICIA DEL SAGRADO CORAZÓN,  
PRONUNCIADO EN LA CAPILLA DEL CONVENTO DE CONFLANS,  
CERCA DE PARÍS, EL 10 DE JUNIO  
DE 1888.

TRADUCCIÓN

DEL ORIGINAL FRANCÉS EN QUE FUÉ PRONUNCIADO.

escucha de vosotras. Oh hija de María y de la segunda, que al decir  
fija en tu corazón un recuerdo de la memoria de la  
pueblo, no te acuerdes de la casa de tus padres y ven a ha-  
bitar en mi labor de casa. Otras veces os ha dirigido el  
tierno reproche que profirió en la afortunada mansión  
de Betania. ¡Oh Marta, querida Marta mía! ¿Qué car-  
dadós te agitan? Mil negocios inútiles perturban tu co-  
razón, y olvidas que una sola cosa es necesaria, sea vi-  
da contemplativa al pie de mi altar, que te enseñara  
María ha sabido escuchar y que nada en el mundo te po-  
drá obligar a abandonar. Otras veces, por el contrario,  
al ver que os alejáis de Él y que el temor os impide acer-



*Egredere de terra tua et de cognatione  
tua et veni in terram quam monstrave-  
ro tibi.*

Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven  
á la tierra que te mostraré.

GÉN., XII, 1.

**CU**ÁNTAS veces, queridas hermanas, han resonado á vuestros oídos estas dulces palabras del Esposo de las almas; cuántas veces habéis escuchado su voz tierna y amorosa, diciendo á cada una de vosotras: *Oh hija dichosa y sin segunda, oye, atiende y fija en tu corazón un consejo fiel: olvida la memoria de tu pueblo, no te acuerdes de la casa de tus padres y ven á habitar en mis tabernáculos!*<sup>1</sup> Otras veces os ha dirigido el tierno reproche que profiriera en la afortunada mansión de Betania: ¡Oh Marta, querida Marta mía! ¿Qué cuidados te agitan? Mil negocios inútiles perturban tu corazón, y olvidas que una sola cosa es necesaria: esa vida contemplativa al pie de mis altares, que tu hermana María ha sabido escoger y que nada en el mundo la podrá obligar á abandonar. Otras veces, por el contrario, al ver que os alejáis de Él, y que el temor os impide acer-

<sup>1</sup> Ps. XLIV, 11.

caros á vuestro esposo, os ha gritado, como en las orillas del Jordán al publicano Zaqueo: ¿qué hacéis ahí ociosas, sobre ese tronco secular? Bajad, bajad de ese árbol y venid á mí. Sabed que vuestra alma es la morada que he escogido. Quiero permanecer en vuestra casa, no solamente hoy, sino para siempre. Es fuerza que imitéis mi vida activa. Es menester que vuestro corazón arda con el mismo celo que el mío por la salvación de las almas.

Estas palabras, hermanas mías, á todas os son familiares. Permitidme, no obstante, que os pregunte á cuántas ha dicho el Señor como á Abraham: Exijo de tí un sacrificio todavía más perfecto; quiero darte el primer lugar aun entre mis esposas; aun entre las escogidas, tu vocación será más sublime; es fuerza que abandones no sólo la casa de tu padre, sino á toda tu parentela, á tus bienhechores según el mundo, á tus amigas de infancia y hasta aquellas que han guiado tus pasos en el camino de la perfección. Es menester que huyas lejos, muy lejos de tu patria. Te he preparado otra patria más hermosa, otra tierra prometida, más fértil y más rica que la que dí á los antiguos Israelitas. Á esa tierra te llamo, allí es preciso que corras llena de regocijo y con velocidad sobrehumana. *Egredere de terra tua et de cognatione tua, et veni in terram quam monstravero tibi.*

Dichosa, hermanas mías, dichosa quien merece oír este llamamiento sublime; dichosa quien lo escucha: mil veces dichosa la que responde con prontitud, con fidelidad, con constancia. Tal será el asunto de mi breve plática. Antes de empezar á tratarlo, quiero repetiros la ley que San Carlos Borromeo impuso á sus sufragáneos en

esos Concilios de Milán, que no sólo la provincia milanesa, sino la Iglesia entera, mira como oráculos. Cuando otro Obispo (les dice) venga á visitaros, desplegad el espíritu hospitalario que ordena San Pablo. Hacedle los honores, no sólo de vuestro palacio, sino también de vuestra Iglesia. Invitadlo, obligadlo á subir á vuestro púlpito, y á predicar á vuestro pueblo la palabra de Dios. Hay un encanto especial en la voz de un Prelado forastero, aunque sea menos elocuente, menos fácil, menos correcta que la vuestra. Los fieles la escuchan con mayor atención, y parece que hasta el Espíritu Santo le da una unción muy particular.

Con la confianza que me inspiran las palabras del grande y santo Arzobispo, me atrevo á hablar bajo estas bóvedas, donde resuenan tantas veces cada año los loores de la virginidad y de la vida religiosa. ¿Qué puedo deciros que no sepáis mejor que yo? Nada nuevo escucharéis de mis labios; me lisonjea no obstante la esperanza de que hallaréis alguna nueva inspiración en las antiguas verdades que voy, no á exponeros, sino á bosquejaros, si el Espíritu Santo se digna ayudarme y la Virgen Inmaculada no me niega su amparo.

La voluntad de Dios es que se salven todos los hombres sin excepción; para esto se hizo hombre como nosotros, para esto murió en el Calvario. Todos pueden y deben ganar el cielo, sea cual fuere su patria, su rango, su estado de vida. ¡Cuán venerable es esa santa madre de familia, que educa á sus hijos en el temor de Dios; que les da el ejemplo de las más sólidas virtudes; que vela por ellos en su juventud, en medio de las tempestades del mar agitado del mundo; que les tiende la mano si

han tenido la desgracia de caer; que ruega por ellos de día y de noche, como Santa Mónica por San Agustín; que los cuida en sus largas enfermedades; que á ellos sacrifica todo su ser! ¡Cuán dulce es verla despojarse de todos los adornos exteriores inventados por la vanidad, y cortarse aun la larga cabellera con que la ha hermosea-do la naturaleza, para consagrar á Dios todo el tiempo que de otra suerte se vería obligada á sacrificar al mundo y á sus pompas! ¿Quién no la admiró en la prosperidad siempre sencilla, siempre humilde, siempre piadosa? ¿Quién no la venera más todavía en la adversidad, siempre resignada, siempre risueña, siempre santa, perdonando á los enemigos de su esposo como Santa Juana Francisca de Chantal, y sin dejar un instante de derramar por todos lados beneficios como en la época de la abundancia? ¿Quién no se admira de verla salir de su casa, no sólo para dar una limosna á los pobres de Cristo, sino para arrojarse valerosa, como San Juan de Dios, en medio de las llamas, de esas llamas morales que devoran la sociedad en todos los paises, y salvar de su lumbré á muchas almas, que sin su auxilio habrían perecido en el voraz incendio? La vida religiosa y la vida del mundo parecen en ella darse la mano; y, como en otro tiempo las hijas de Sión, todas las almas piadosas se postran ante esta mujer fuerte y la proclaman bienaventurada: *viderunt eam filia Sion et beatissiman prædicaverunt.*

Tal ha sido vuestra madre, hija mía querida: y con tales ejemplos y tales lecciones ¿quién se admirará de veros buscar á Jesús desde la primavera de vuestra vida, y de vuestras aspiraciones á ser su esposa?

¿Pero por qué, dirá quizás alguno, por qué no procu-

rar imitar las virtudes de vuestra madre, permaneciendo á su lado, y haciéndoos por de pronto su cooperadora, para reemplazarla más tarde en sus obras de misericordia, ya en el interior del hogar doméstico, ya en medio de la sociedad corrompida que se empeña en purificar? ¿No hay en vuestra patria infelices que socorrer? ¿No hay en derredor vuestro criaturas ignorantes que enseñar? ¿No tenéis, por último, hermanos y hermanas en vuestra propia casa? ¿Por qué, pues, venir á buscar nuevas hermanas y atravesar los mares en pos de criaturas extranjeras que nada os atañen y que no han menester, por cierto, de vuestra solicitud?

¡Ah, querida hija mía! Es que al ser testigo de las buenas obras de vuestra madre, habéis podido ver la poca eficacia de las grandes empresas, cuando es una mujer aislada quien las acomete. Es que habéis visto por experiencia cuán limitado, aunque sublime, es el apostolado de la madre de familia; apostolado que no puede bastar á esas almas escogidas, á quienes el Señor ya no quiere dar el nombre de siervas, sino de amigas: *jam non dicam vos servos, sed amicos.* Es que al acompañar á vuestra madre en esos piadosos viajes por entre las miserias de la vida, habéis descubierto desgracias demasiado grandes, llagas demasiado profundas para los escasos recursos de que puede disponerse en un rincón de la tierra. Es que al empezar á frecuentar la sociedad, habéis visto que no sólo á los hijos de los pobres hay que educar para salvar á la Iglesia y á la patria; sino más bien á los vástagos de esas familias distinguidas, que sin renegar absolutamente del cristianismo se han dejado arrastrar por la corriente de las ideas del mundo.

Comprendisteis que para llevar á cabo esta empresa, se requerían elementos más poderosos, que no era posible hallar en derredor vuestro; y al mismo tiempo oísteis una voz secreta que os decía: ve, ve á buscar tu salvación y la del prójimo, no en ese rinconcito del mundo y de la sociedad en que has vivido hasta ahora, sino en esa gran patria del cristiano, que no está limitada por las fronteras de un reino, ni las murallas de un castillo; ven á la tierra que yo te mostraré: *egredere de terra tua et de cognatione tua, et veni in terram quam monstravero tibi.*

¿Pero cómo? ¿No es un destierro el abandonar la patria y la parentela? ¿Por qué los Israelitas, mostrando sus arpas colgadas de los sauces en las riberas del Eufrates, respondieron á aquellos que los invitaban á cantar: cómo entonaremos los cánticos del Señor en tierra extranjera, *quomodo cantabimus in terra aliena?* Sí, hija mía: es un destierro, y un destierro penoso, el vernos arrojados de nuestros hogares y abandonados por el Señor en un país de infieles, en castigo por nuestros propios pecados; pero no es, por cierto, un destierro el ir á la tierra que Dios mismo se digna mostrarnos. Esto no es salir de la patria, sino antes bien ensanchar esta misma patria. No es abandonar la propia familia y la parentela, sino más bien, ingresar en el seno de esa numerosa familia que reconoce por Madre á la Santa Iglesia, y por hermanos á todos los hombres redimidos con la sangre del Cordero sin mancha.

Entre todos los Patriarcas del Antiguo Testamento, únicamente Abraham fué agraciado con una vocación tan sublime. Después de Jesucristo, vemos á los Após-

toles enviados por el Divino Maestro á todos los países de la tierra; y Santiago tan sólo, retenido en Jerusalén por sus deberes de Obispo, exhala en su patria el último suspiro. ¿No es, por tanto, para vos un gran privilegio, el ser llamada de la misma manera que Abraham y que los Apóstoles?

Mayor todavía es vuestra dicha. Salomón, al enumerar las hazañas del Sabio, que se empapa en la sabiduría de los antiguos, y lee y relee sin cesar los Profetas, se empeña en añadir: Pasaré á tierra de naciones extrañas, para reconocer los bienes y los males que hay entre los hombres; aplicará su corazón para velar de madrugada ante el Señor que lo creó, y en presencia del Altísimo hará oración.<sup>1</sup> Dos fines, pues, se propone la Providencia, cuando ordena á sus escogidos que salgan de la patria. Unas veces el fin principal es la salud del prójimo; otras nuestra propia salvación, y nuestro provecho espiritual y temporal. Por lo que á vos toca, hija mía, seréis con el tiempo un Apóstol; pero por ahora, para hacer crecer en sabiduría y virtud, es para lo que el Espíritu Santo ha dejado resonar en vuestra alma su divina palabra, y ha dispuesto todo de una manera suave al par que fuerte, *fortiter et suaviter*, para que podáis cumplir los maravillosos designios que sobre vos tiene.

En efecto: cuando por vez primera habló el Señor á vuestro corazón, todo parecía conjurarse contra vos. ¡Ay! Nadie lo ignora. Bajo el nombre de libertad, la persecución más encarnizada se había suscitado contra la Iglesia, en el país, en otro tiempo tan católico, que os vió nacer. Los órdenes monásticos proscritos; las religiosas

<sup>1</sup> Eccli., XXXIX, 5, 6.

dispersas ó desterradas, locura parecía querer afiliarse en comunidades desconocidas, ó que no existían ya en vuestro país; y toda vocación religiosa tenía las apariencias de quimérica.

Entretanto, sin que ningún cambio se verificara en las condiciones generales de vuestra patria, sin que la legislación modificada hubiera abierto las puertas á las religiosas proscritas, he aquí que el Sagrado Corazón hace caer para sus hijas, y para sus hijas tan sólo, ese muro de bronce levantado contra ellas, más fuerte que las murallas de la antigua Jericó.

Como allá en otro tiempo, una barca sin velas ni timón condujo á Lázaro y á sus hermanos á las playas de Marsella, así ahora una nave, desprovista del timón de la prudencia mundana, pero guiada por el soplo del Divino Espíritu, lleva á las orillas inhospitalarias de vuestra patria á tres religiosas del Sagrado Corazón, que no saben adónde van, ni cómo podrán penetrar en un país, en que á la sazón un voto monástico constituye un delito que se castiga más severamente que el robo, y en que el traje eclesiástico se prohíbe más todavía que el asesinato.

*¿Qué hacéis, temerarias?* les gritan de todos lados. *Volved, volved sin dilación á vuestra tierra,* les aconsejan falsos amigos. *No comprometáis la existencia de la poca religión que nos queda,* les dicen otros, temblando de pavor. Pero á pesar de todo, ellas se quedan, ellas florecen, ellas echan profundas raíces. En medio del diluvio general, el Sagrado Corazón es el único instituto que, como el Arca de Noé, se sostiene sobre las olas. Hacia esta Arca, hija mía, es adonde habéis tendido los brazos, en medio de tantas otras víctimas del naufragio. Allí os

acogieron hace tiempo, como á hermana; y una de las pruebas de amor y de predilección que se os ha dado, ha sido el enviaros á esta santa casa, madre y maestra de todos los noviciados del Orden, para que en ella deis los primeros pasos en el sendero de la virtud. ¡Qué ejemplos tan sublimes de santidad vais á encontrar aquí! ¡Qué experiencia, qué dulzura, cuánta bondad! ¡Qué guías espirituales tendréis para dirigir vuestra conciencia! ¡Qué elocuentes sermones escucharéis en este gran centro de actividad religiosa! ¡Cuánto podréis aprender en medio de esta falange de compañeras que acuden de todos lados á lavar sus vestiduras en la sangre del Cordero! ¡Oh! ¿No tengo razón de deciros que habéis sido feliz en oír la voz del Divino Esposo, que os mandaba abandonar vuestra tierra y vuestra parentela, y más feliz aún en poder obedecerla, viniendo á esta tierra prometida que Él mismo os ha mostrado?

Vuestra dicha será completa si, como espero, sois fiel á las gracias que el Señor ha empezado á derramar sobre vos con tanta abundancia. Aprovechad las bellas lecciones que vais á recibir en esta santa mansión. Que jamás el recuerdo de vuestra permanencia en Egipto venga á perturbaros en esta dulce soledad. Recordad que, juntamente con la virtud, es fuerza cultivar las letras y las ciencias para poder trabajar con fruto en el difícil Apostolado á que se consagra esta Sociedad del Sagrado Corazón. Dentro de un instante voy á cubriros con el velo de las vírgenes. Ojalá que de hoy en adelante podáis decir con la Esposa de los Cantares: *me he despojado de mi túnica mundana: ¿cómo volver á vestirme con ella?*

Al despertaros de ese dulce sueño que se llama noviciado ¿recibiréis, como José, la orden de regresar á Nazaret, ó bien escucharéis de nuevo el terrible *egredere de terra tua?* Como quiera que sea, estad siempre dispuesta á cumplir la voluntad de vuestro Divino Esposo, y á procurar encender ese fuego que ha venido á arrojar á la tierra, y que se encuentra apagado casi totalmente en todas las partes del mundo.

¡Queridas hermanas! La presencia de esta vuestra nueva hermana os demuestra que más allá del horizonte que os circunda, hay otros horizontes todavía más vastos, abiertos á vuestro celo y á vuestro denuedo. Si alguna vez la voz del Señor os dice también: *sál de tu tierra y de tu parentela*, no vaciléis un solo instante, y sabed que en la tierra que os mostrare el dedo de Dios, hay, como en la tierra prometida, ríos de leche y de miel, jardines floridos, vergeles poblados de frutas deliciosas.

¡Que las bendiciones que Jesucristo ha prometido á las que dejan, por seguirlo, padre y madre, hermanos y hermanas, patria y parentela, caigan sobre vuestras cabezas virginales, y que juntamente con el céntuplo que ha prometido á sus discípulos, recibáis un día la vida eterna!



## DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO SEMINARIO,  
LA NOCHE DEL 25 DE AGOSTO DE 1893.